

AJUSTE DE CUENTAS
de Juan Carlos Legido.

Obra seleccionada en el “Ciclo de Divulgación de dramaturgos uruguayos”
promovido por el Ministerio de Educación y Cultura y representada en El
Tinglado con dirección Hugo Blandamuro ; 1998.

No es sólo un problema de nombres
(título alternativo : *Ajuste de cuentas*).

Escenario :

Interior de un hogar de clase media con cierto nivel de cultura en la época actual, con televisor, teléfono, radiocasetero, casetero, tocadiscos, repisa de libros, algún cuadro de buena factura, etc. Sobre el escenario desembocan la puerta de un dormitorio y de un cuarto de baño. La acción se desarrolla en el Uruguay, pero puede también ser en la Argentina.

Reparto :

Clemencia : 63 años

Irene (Carmen) : 42 años

Polansky (Tomás Recalde) : cerca de los 50 años

Sonsoles : 28 años, de nacionalidad española.

Se escucha la voz de Beniamino Gigli cantando “Recondita Armonia”. Clemencia deja de colocar los platos y los vasos sobre la mesa y se queda escuchando el aria hasta el final. Mira el reloj despertador colocado sobre una repisa y coteja la hora con su reloj pulsera. Prende el televisor, lo mira sin poner demasiado atención, lo apaga y llama por teléfono.

CLEMENCIA. ¿Estudio? Habla Clemencia, la madre de Carmen. ¡Ah! ¿Es usted, Josefina? ¿Cómo está? Sí, es para preguntar si Carmen salió para aquí... ¿Se fue hace un rato? Bueno, muchas gracias... y perdone. *(Cuelga. Queda un momento sin saber qué hacer. Vuelve a prender el televisor y entretanto llega Irene con portafolios y un ramo de flores).*

Bueno... ¡por fin! Justo hoy que vienen tus invitados...

IRENE. *(Mostrando el portafolios).* Es que justo esta tarde se le ocurrió al doctor que le terminara un escrito para presentar mañana a la primera hora en el juzgado. *(Cambiando de tono).* Espero que no hayas llamado por teléfono. Al doctor no le gusta que llamemos o que nos llamen por asuntos particulares.

CLEMENCIA. Es que estaba nerviosa. Tú que no venías y se hacía la hora.

IRENE. Ah... ¿entonces llamaste?

CLEMENCIA. Yo sola para preparar todo. Son *tus* invitados, no los míos. *(Agresiva).* Y en último caso, me atendió Josefina, no el doctor... que no sé por qué tiene tantas exigencias cuando... *(se calla de golpe).*

IRENE. ¿Cuándo qué? ¿Cuándo qué? Terminá de hablar. *(La mira fijamente mientras coloca las flores en un florero).*

CLEMENCIA. *(Cambiando de tema).* ... al menos que creas que ya cumpliste con esas flores... *(Sigue trajinando).*

IRENE. *(Dando también el asunto por liquidado).* No sé cómo tuve siquiera tiempo de comprarlas. *(Pausa mientras ella también se pone a ordenar).* ¿Y Diego?

CLEMENCIA. ¿Diego? No me digas que le pediste que se quedara.

IRENE. Por supuesto que sí. Polansky no lo conoce. ¡Y tanto que me oyó hablar de él!

CLEMENCIA. Sí, claro. Hablar de él era lo único que podías hacer.

IRENE. ¿Reproches otra vez?

CLEMENCIA. Es la pura verdad ¿no? Tú haciéndote la muy importante en España y yo aquí metida cuidándote al hijo.

IRENE. *(Dejando de hacer, en un tono como quien se ha cansado de hablar del tema).* ¿Y qué querés que hiciera?

CLEMENCIA. *(Irónica).* Sí, sí... ya sabemos que no te quedaba otra opción.

IRENE. No lo digas en ese tono. No estuve en el exilio para divertirme.

CLEMENCIA. *(Sigue en el mismo tono).* No, eso sí que no. Trabajabas sin descanso para el movimiento de solidaridad y hacías denuncias a la prensa y todas esas cosas... mientras la abuela tenía que criar y mantener al nieto.

IRENE. Bien sabés que apenas pude mantenerme a mí misma.

CLEMENCIA. A mí en cambio me sobraba la plata.

IRENE. *(Harta, deja de trabajar).* ¿Por qué tenemos que discutir de nuevo todo esto? Supongo que el solo hecho de invitar a Polansky te debe hacer avivado todo el odio que tenías por lo que estábamos haciendo ¿no?

CLEMENCIA. *(No sigue la discusión. Mira nuevamente la hora en el reloj despertador).* ¡Pero mirá la hora que es! Andá a cambiarte... ¿o los vas a recibir así?

IRENE. *(Señalandose la ropa).* Tenés razón. Esta ropa ya debe arrastrar el olor de todos los juzgados... *(Entra en su habitación. Clemencia agrega algún otro detalle a la mesa. Se oye la voz de Irene).* ¡Lástima que ya no tenga tiempo de pegarme una ducha! ¿Sabés dónde fue Diego?

CLEMENCIA. ¿Y cómo puedo saberlo? El nunca dice donde va.

IRENE. Pero antes de irse ¿por lo menos estudió? Ese examen...

CLEMENCIA. La verdad que no lo vi agarrar un libro. Estuvo escuchando sus cassettes con un volumen como para rajar las paredes, como siempre; hizo dos o tres llamadas por teléfono que le deben haber llevado fácilmente una hora y media y después de haber dado cuenta del almuerzo y del café con leche de la tarde... y claro, ya me olvidaba... del desayuno, desapareció sin decir esta boca es mía.

IRENE. A lo mejor fue a estudiar a lo de Milton. Ya sabés... son inseparables. Espero que se acuerde que tenemos visitas... visitas muy especiales que tienen un interés muy especial en conocerlo.

CLEMENCIA. Mirá, por las dudas no esperes demasiado. Tú sabés que... *(Suena el timbre)*. ¡Ahí están! ¡Apurete, vamos! ¿Hasta yo tengo que recibirlos? *(Sale a abrir. Voces, saludos, etc)*. ¡Entren, entren, por favor! Carmen acaba de llegar del trabajo... se está cambiando y ya viene...

POLANSKY. ¿Llegamos demasiado temprano?

CLEMENCIA. No, de ninguna manera. No pudieron ser más puntuales. Pero hoy Carmen tuvo que quedarse un rato más en la oficina. *(Aparece Irene, con otro vestido y colocándose una pulsera)*.

IRENE. ¡Polansky! ¡Querido Polansky! ¡Qué alegría de verte! ¡Déjame que te abrace! ¡Cuántos años sin verte!

POLANSKY. *(Abrazándola y besándola)*. Siete años y tres meses, para ser exactos.

IRENE. ¡Siete años! *(Repara en Sonsoles, que ha quedado algo rezagada)*. ¡Sonsoles! ¡Qué gusto conocerte! *(La besa)*. ¡Sabía tantas cosas tuyas a través de Polansky. *(A Polansky)*. Sí, Polansky... es tal como me la describiste.

SONSOLES. ¿Y cómo me describió?

IRENE. Bueno... físicamente así como sos. Pero no sé por qué te imaginaba un poco más gordita...

SONSOLES. *(A Polansky, divertida)*. ¡Tomás! No le habrás escrito a Irene que te casaste con una “señora gorda”, ¿no? Sé que entre vosotros llamáis “señora gorda” a algo así como una detestable señora burguesa llena de pulseras y anillos...

IRENE. ¡Por favor, Sonsoles! ¿Cómo se te pudo ocurrir? Sé muy bien que Polansky jamás se hubiera casado con una de esas señoras. Solamente creí que... que eras un poco más llenita porque sos muy delgada. Y te aclaro que entre nosotros no existe ningún prejuicio contra la flacura, más bien al revés. *(Cambiando de tono)*. Pero no se queden de pie, por favor. *(A Clemencia)*. Mamá... no necesito presentártelos porque fuiste tú la que les abrió la puerta. Pues este es mi viejo amigo... o mejor mi viejo compañero Polansky, del que tanto te hablé... y que no conociste aquí porque en esa época no podías estar demasiado visible ¿no, Polansky? y que, por supuesto, tampoco conociste en España.

CLEMENCIA. *(Perentoria)*. Y claro ¿cómo lo iba a conocer? En esa época yo no podía moverme porque tenía que cuidar a Diego.

SONSOLES. *(A Irene)*. Ah, es verdad que tienes un hijo. Tomás me lo comentó, claro. Supongo que ya debe ser grandecito ¿no?

IRENE. Sí, ya tiene 19 años.

SONSOLES. ¿Se llama Diego, no? Diego es un nombre bien español.

IRENE. *(Algo cohibida)*. Sí, se llama Diego. Estará aquí dentro de un rato. Esta es temporada de exámenes, como deben saber, y está preparando uno en casa de un amigo. Bueno... ¿qué les sirvo? ¿Whisky o jerez? Ya sé que los españoles son muy del jerez y conseguí una botella de legítimo Tío Pepe. *(Va hasta la mesa donde señala las botellas)*.

POLANSKY. Nada de jerez. Ahora estamos aquí y aquí somos del whisky aunque poco tengamos que ver con los escoceses.

IRENE. *(Sirviendo el whisky)*. Este tampoco nada tiene que ver con los escoceses. Es whisky nacional, a secas. ¿Tú tomás también whisky, Sonsoles?

SONSOLES. No, yo prefiero no salir del solar español.

IRENE. *(Sirviendo)*. Muy bien... entonces un whisky por aquí... un jerez por acá... Mamá, tú servite lo que quieras.

CLEMENCIA. *(Sirviéndose una copa de jerez mientras mira con detención a Polansky)*. ¿Así que es usted el célebre Polansky?

POLANSKY. *(Se levanta del asiento y da un taconazo, a lo prusiano)*. En efecto. A sus gratas órdenes, señora. Pero con solo una pequeña aclaración...

CLEMENCIA. ¿Sí?

POLANSKY. Que yo no soy nada célebre. Soy... un hombre como tantos que anda por el mundo.

CLEMENCIA. ¡Si supiera las veces que lo oí nombrar en esta casa! Que Polansky por aquí, que Polansky por allá...

POLANSKY. *(Volviéndose a sentar)*. Y ya ve lo que son las cosas. Usted oía hablar de Polansky por aquí y por allá... y ese no es mi verdadero nombre. *(A Irene)*. Ché Irene... ¿nunca le aclaraste a tu madre que Polansky no es mi verdadero nombre?

IRENE. *(Sirviéndose un whisky)*. ¿Y qué le voy a aclarar? En la época en que vivías aquí, no había más remedio que llamarte con otro nombre. Y después, cuando regresé de España, para mí seguías llamándote Polansky. Es que para mí no tenés otro nombre. Eso de Tomás Recalde no me entra en la cabeza.

CLEMENCIA. ¿Así que su verdadero nombre es Tomás Recalde?

POLANSKY. En efecto; así fue como me anotó mi papá en el Registro Civil.

CLEMENCIA. Entonces usted será para mí Tomás de ahora en adelante.

POLANSKY. *(Divertido)*. Si así lo desea.

CLEMENCIA. *(Sin asimilar el sentido de humor de Polansky)*. Sí, lo deseo. Porque todo lo que me hace recordar el tiempo en que Tomás Recalde era Polansky y en el que Carmen Chiesa era Irene... y en que con cada frenada de auto frente a mi casa me ponía a temblar pensando que me vendrían a tirar la puerta abajo... lo odio. Sí, lo odio. Lo quisiera borrar de mi vida. Por eso usted será siempre Tomás Recalde para mí.

IRENE. Bueno, mamá, está bien. Esa época ya pasó. Ya ves que incluso Polansky se hizo presente en cuerpo y alma y podés afirmar que no solo existe, que no es un fantasma ni

una aparición, sino que hasta tiene otro nombre por añadidura: Tomás Recalde. Pero yo seguiré llamándolo Polansky.

SONSOLES. (*A Clemencia*). Eso quiere decir, señora, que solo nosotras, como somos personas comunes y corrientes, y no héroes como ellos, podemos ser llamados por nuestros verdaderos nombres y no por uno de mentira.

CLEMENCIA. No me llame señora. Llámeme Clemencia. Ese fue, es y será mi verdadero nombre.

SONSOLES. Y a mí llámeme Sonsoles. Ese fue, es y será mi verdadero nombre. No hay cosa mejor ni más segura que llamarse por el verdadero nombre, ¿no, Clemencia?

IRENE. (*Sentándose por primera vez*). Bueno, aclarado por fin el asunto de los nombres, verdaderos o de mentira, vamos, Polansky, comenzá.

POLANSKY. ¿Comenzá a qué?

IRENE. Comenzá a contar. Fuiste muy parco en tus cartas. En todos estos años solo me enviaste dos... una en donde me anunciabas tu casamiento y me describías a tu mujer. (*A Sonsoles*)... lo que dio lugar al equívoco ya aclarado de que te imaginara más gordita... aunque nunca una “señora gorda”, por Dios.

POLANSKY. Y... ¿Qué querés? La vida corre tan aprisa que cuando menos te querés acordar...

IRENE. No te disculpes, vamos, que no te estoy echando nada en cara. Bueno ¿por qué no empezar desde el principio?

POLANSKY. (*Zumbón*). ¿Desde qué principio? ¿Desde la época en que iba a la escuela?

IRENE. No te hagas el gracioso. Sabés muy bien a la época que me refiero. Desde que terminada la dictadura, pude regresar. (*Cambiando de tono*). La verdad, Polansky, que me extrañó que te quedaras en España.

CLEMENCIA. ¿Y por qué no se iba a quedar en España? (*A Polansky*). ¿Le marchaban bien las cosas por allá, no? (*Polansky hace un gesto ambiguo*). Entonces, si le marchaban bien las cosas... ¿qué iba a hacer por aquí? Comenzar de cero?

IRENE. (*Fastidiada*). Mamá... no comprendés nada. Entre nosotros no se trataba de comenzar de cero, de cien o de mil. Las cosas por las cuales habíamos estado luchando... los ideales... seguían en pie y era importante que...

POLANSKY. (*Interrumpiéndola*). Veo que no cambiaste, Irene. ¡La misma vieja compañera de fierro! Sí, regresar era importante, claro. Lo pensé, seguro que lo pensé. Sin embargo, en aquellos momentos, nunca pude tener ni contigo ni con los compañeros una conversación profunda. Tú estabas en Barcelona y yo recorriendo las provincias con unas ventas que me estaban dando muy buen resultado...

IRENE. Vamos, Polansky. Ya antes que te marcharas para las provincias, cuando estabas en Barcelona, apenas si nos veíamos... apenas si venías a nuestras reuniones...

CLEMENCIA. Pero Carmen... ¿invitaste a Tomás para pedirle explicaciones?

IRENE. (*Reaccionando*). No, claro que no. Discúlpame, Polansky. Discúlpame, Sonsoles. A veces me olvido que han pasado siete años desde que regresé... y casi un cuarto de siglo desde que comenzó todo. (*A Sonsoles*). ¿Por qué no nos cuentas cómo y cuándo se conocieron Polansky y tú?

SONSOLES. Bueno... hace tres años... ¿hace tres años, no Tomás? Sí, claro... estaba pasando las vacaciones con mis padres en Marbella...

IRENE. (*Sin dejarla terminar*). ¿Y tú también estabas en Marbella, Polansky?

POLANSKY. Y sí...

IRENE. Bueno... eso quiere decir que has prosperado en serio, muchacho. En los años que vivíamos en Barcelona ¿te acordás? jamás salíamos más allá de la Barceloneta... o alguna vez llegábamos a Casteldefells... algún domingo de verano en aquellos trenes atestados...

SONSOLES. (*Volviendo a su tema*). Sí, fue aquel verano en Marbella que nos vimos por primera vez y que...

POLANSKY. (*A Irene*). Pero déjame que te aclare que era ella la que estaba de vacaciones. Yo estaba trabajando.

IRENE. ¿Y en qué trabajabas?

POLANSKY. En... ventas.

SONSOLES. ¿Cómo ventas? Dí mejor en negocios inmobiliarios. Tomás es dueño de una firma muy importante...

POLANSKY. No exageres. La firme no es muy importante. Y además no soy el único dueño.

IRENE. Bueno, bueno, Polansky. No tenés por qué echarte a menos. Si prosperás, hacés dinero, si sos dueño de una importante agencia inmobiliaria solo o acompañado, eso no es pecado.

POLANSKY. (*Levantándose inesperadamente y con también inesperada violencia*). ¡Sí, es pecado! ¡Para mí sigue siendo pecado! ¡Tengo el maldito rollo de todos ustedes todavía metido en la cabeza! Uno no puede vivir sólo en función del dinero. (*Suena el teléfono. Clemencia va a atender*).

IRENE. No te exaltes, nombre, que nadie te está acusando de nada.

POLANSKY. ¡Sí, me estás acusando! Te conozco. Te conozco a ti y a los demás. Sé que no me van a perdonar que no haya regresado, que me quedara, que empezara a vivir para mí. (*Se sirve él mismo otro whisky*).

IRENE. Nadie te reprocha nada. Son cosas que te imaginás.

POLANSKY. (*Sentándose y bajando el tono*). Es verdad. No sé lo que estoy diciendo. Pero me pareció adivinar en tu voz un velado reproche...

IRENE. El velado reproche lo debés haber sentido en ti mismo, querido Polansky. Y la cosa no da para más. *(A Sonsoles)*. Perdoná, Sonsoles. A ti te debe sorprender que nos hablemos de este modo, Polansky y yo. Pero es la secuela que nos ha quedado de la época en que nos reuníamos para cambiar el mundo, mejorándolo por supuesto, y nos decíamos todo lo que nos teníamos que decir así, a lo bruto... a calzón quitado, como decimos por aquí. Todo por la causa, naturalmente. *(Regresa Clemencia luego de haber atendido el teléfono)*. ¿Era para mí?

CLEMENCIA. Sí, el doctor.

IRENE. ¿Qué quería? ¿Y por qué no me llamaste?

CLEMENCIA. Le dije que estabas reunida con unos amigos que vinieron de España. Y entonces me dijo que no te molestara. Dijo que no te fueras a olvidar de pasar mañana temprano por el juzgado a dejar ese escrito. *(A Polansky y Sonsoles, señalando la mesa)*. Sírvense ustedes mismos, por favor.

(Los personajes se irán levantando para servirse y sentándose o permaneciendo de pie de acuerdo a las exigencias de la acción).

IRENE. *(Mirando el reloj)*. Me pregunto si Diego tardará mucho.

SONSOLES. ¿Tiene 19 años, no? Entonces pensará que se va a aburrir en una reunión con gente mayor y preferirá quedarse con chicos y chicas de su edad...

CLEMENCIA. ¿Su edad? No parecés mayor que él. Y permitime que te tutee.

SONSOLES. Sí, claro. Y gracias por el cumplido, Clemencia. Pero la verdad es que estoy más cerca de los treinta que de los diecinueve.

CLEMENCIA. Pues no lo parece ¿verdad, Carmen?

IRENE. *(Por cumplido)*. Pues no...

CLEMENCIA. Eso debe ser la consecuencia de llevar una vida normal. ¿No es así, Sonsoles?

SONSOLES. ¿Normal? Bueno, sí, mi vida ha sido normal, creo. Me crié dentro de una familia normal, esto es, con padre, madre, hermanos, abuelos, tíos, primos... fui a un colegio de monjas, empecé algunos estudios que no terminé, salí con algunos chicos y cuando llegó el momento oportuno me hice de un novio normal con quien me casé. Si a esto se le llama una vida normal...

CLEMENCIA. Claro que es una vida normal. Es una vida como debe ser.

SONSOLES. Pero no todas las vidas pueden ser iguales.

CLEMENCIA. Claro que no. Pero qué tranquilidad una vida como la tuya. Qué satisfacciones habrán tenido tus padres con una hija así...

SONSOLES. *(Sintiéndose violenta por Irene)*. No crea, Clemencia. Algunos disgustos les di.

CLEMENCIA. No serían demasiado grandes.

IRENE. (*Agresiva*). Vamos, mamá, terminala. Ya todos sabemos que sos el modelo de la madre y de la abuela sacrificada y que tuviste que aguantar a una hija que no siguió por el buen camino... que le dio por juntarse con gente poco recomendable, que se tuvo que escapar y que tuvo un hijo sin haberse casado. En fin, que te cayeron todas las desgracias.

CLEMENCIA. Bueno, ahora no te exaltes tú. Yo solo le decía a Sonsoles que una normal...

IRENE. (*Estallando*). ¡Normal! ¿Qué es una vida normal? Perdoname, Sonsoles, no te sientes aludida, pero no estoy segura si ser una niña modelo, casarse por la iglesia, tener neños también modelos y un día preguntarse por qué se ha vivido, sea una vida normal. A lo mejor es la vida más anormal de todas. (*Va hasta la mesa y se sirve otro whisky*).

POLANSKY. (*Buscando apaciguar*). Bueno, bueno... lo que es normal para unos puede ser anormal para otros. Y viceversa. Que cada cual cargue con su propia normalidad... o anormalidad.

IRENE. Y vos, ¿con cuál cargás?

POLANSKY. ¿Cómo con cual cargo?

IRENE. Sí, lo que estamos hablando. Con qué cargás ¿con una vida normal o anormal?

POLANSKY. (*Vuelve a ponerse de pie para ir a servirse*). Bueno, a lo mejor, siguiendo tus criterios, antes llevaba una vida normal y ahora la llevo anormal. Sí, claro. Estoy casado, me preocupo por mí y por mi mujer y no por la humanidad desamparada... cultivo, como quien dice, mi propio huerto... y a lo mejor eso es anormal. Antes, cuando cargaba los fierros y estaba en guerra contra la sociedad y tenía que esconderme y de repente me mataban o yo mataba a alguien... a lo mejor esa era una vida normal. ¿Vos qué pensás?

IRENE. ¿Yo qué pienso? (*Pausa larga*). Para decirte verdad... pienso que la vida normal es la que llevás ahora. Y no vayas a pensar que la llevás vos solo, allá en España. La estamos viviendo casi todos los que antes hacíamos una vida anormal. Y yo la primera de todos.

SONSOLES. (*Despistada*). ¿Qué? ¿Tienes un pretendiente? ¿Estás por casarte?

POLANSKY. Tampoco tú fuiste muy abundante en tus cartas. Apenas me escribiste que estabas empleada. Pero no decías dónde. ¿Los estudios no los continuaste? Recuerdo que cuando comenzó aquello, ya tenías dadas algunas materias en la Facultad.

IRENE. No... eso quedó en la noche del olvido. Además, para serte franca, me di cuenta hace rato que la abogacía no me interesa nada.

CLEMENCIA. (*Sibilina*). No le interesa la abogacía pero le interesan los abogados...

IRENE. (*Mirándola con reproche*). ¿Qué otra cosa me queda cuando no tengo más remedio que trabajar con uno?

SONSOLES. ¿Trabajas con un abogado? Una de mis hermanas, la soltera, está empleada en uno de los estudios jurídicos más importantes de Madrid...

IRENE. Sí, trabaja en un estudio jurídico.

POLANSKY. ¿En el de quién? A lo mejor lo recuerdo de mis épocas de aquí. Uno de mis últimos trabajos, no sé si te acordás, era la venta particular de libros especializados y tenía muchos clientes abogados.

IRENE. Sí, lo debés conocer. El doctor Ambrosoni.

POLANSKY. (*Sorprendido*). ¿Es doctor Ambrosoni? ¿Umberto Ambrosoni Blanco? ¡Pero cómo no lo voy a conocer! No, a él no le vendí libros pero fue el defensor del directorio del Banco del Agro y la Industria cuando dio aquella escandalosa quiebra. ¿Y cómo fuiste a parar con semejante joya?

IRENE. Y... la necesidad tiene cara de hereje. Llegué de España sin una peseta. Mamá estaba con Diego, que ya tenía doce años, arreglándose como podía.

POLANSKY. Lo raro es que te haya tomado. ¿No revisó tus antecedentes? Un hombre de esa calaña debe haber estado comprometido con la dictadura.

IRENE. Pues ahí te equivocás. El me contó que defendió al directorio del Banco del Agro y de la Industria en su calidad de abogado del mismo banco y que como profesional realizó su labor lo mejor que pudo.

POLANSKY. Sí, y lo hizo tan bien que el asunto quedó en agua de borraja.

IRENE. Pero eso fue antes de la dictadura, con la cual él nada tuvo que ver. Fue cuando vinieron los milicos que abrió el estudio jurídico.

POLANSKY. ¿Así que hasta te dio explicaciones?

IRENE. (*Molesta*). ¡Las explicaciones me las estás pidiendo tú!

POLANSKY. ¿Y por qué te molestás? Yo sólo te preguntaba cómo fuiste a parar con ese señor. Es el último lugar donde pensé que trabajarías, te soy sincero. ¿Y los compañeros que dicen a todo esto?

IRENE. Los compañeros saben que trabajo no sobra y que hay que arreglarse como se pueda. Ellos a mí no me pudieron dar trabajo... trabajo rentado, se entiende. Ya tenían que cumplir con unos cuantos en situación peor que la mía cuando los soltaron o cuando regresaron del exilio con una mano atrás y otra adelante.

POLANSKY. Era tu caso ¿no?

IRENE. No, no era exactamente mi caso. Por lo menos yo tenía a mamá y un techo encima de mi cabeza.

POLANSKY. ¿Se siguen reuniendo?

IRENE. ¿Los compañeros? Sí. Ya debés saber que muchos volvieron a la política... con las reglas de juego actuales, claro. Pero yo voy cuando puedo a sus reuniones. No desempeño ninguna tarea... digamos oficial. Simplemente sigo acompañándolos.

POLANSKY. O sea, que seguís con ellos a medias.

IRENE. ¿Cómo a medias? Ya te dije que no me desafilé del movimiento.

POLANSKY. *(Cambiando de tono, medio en broma).* ¿Y con el doctor Umberto Ambrosini Blanco trabajás también a medias?

CLEMENCIA. Trabaja full time. Y hasta hace horas extras. *(Intencionada).* Ya oyeron como le deja sus encargos por teléfono.

SONSOLES. *(Inocente).* Supongo que te pagará las horas extras. En España, la legislación actual no permite trabajar más de lo convenido sin una compensación. Mi hermana, la que trabaja en el estudio...

CLEMENCIA. *(Interrumpiéndola).* El doctor Ambrosini no les paga las horas extras.

POLANSKY. ¿Y tú te dejás explotar? Irene, te desconozco.

IRENE. *(De mal modo, poniéndose de pie).* ¡No me explota! Yo sé las necesidades del estudio y me ajusto a ellas. Si me hago la muy exigente, me ponen de patitas en la calle. *(Se sirve otro whisky).* Esta es la realidad, hoy y aquí, de un sector del mercado laboral privado que no tiene fuerza ni número para agremiarse.

POLANSKY. ¿Y qué es lo que estás esperando para darles un empujoncito y agremiarlos?

IRENE. Que ya no me da el cuero. Sinceramente, a esta altura, no estoy para echarme encima semejante tarea. Que lo haga alguien más joven y con mayor entusiasmo.

CLEMENCIA. Pero vos sabés muy bien que el doctor nunca te va a poner de patitas en la calle.

IRENE. ¿Qué querés decir?

CLEMENCIA. Lo que dije. Que nadie puede negar que de los cinco empleados del estudio vos sos la preferida del doctor.

IRENE. Si soy la preferida será porque soy la que trata de hacer mejor las cosas.

POLANSKY. *(Desviando el tema. Se levanta nuevamente).* Bueno, bueno. Pues he aquí que tenemos a nuestra Irene trabajando en el estudio de un famoso abogado. Lástima entonces que hayas abandonado la Facultad cuando, justamente estás trabajando en un estudio jurídico. El doctor Ambrosini te podría dejar su cartera de clientes.

CLEMENCIA. Ya tiene cuatro hijos para dejársela a ellos. *(Mientras tanto Polansky llega a un costado del escenario donde se halla una repisa o vitrina llena de objetos, en su mayoría recuerdos de España).*

POLANSKY. ¡Pero miren esto! ¿No es la enseña eúskara? ¿Quién te la regaló? ¿Algún integrante de la ETA? *(La saca de su lugar y la mira).*

IRENE. *(Sin contestar).* Que esté en el estudio de un abogado, ya te dije, no quiero decir que me guste la abogacía. ¿Te acordás de lo que solíamos decir del Derecho Civil en nuestras reuniones?

(Sonsoles también se levanta para echar un vistazo a la enseña y curiosear en la vitrina).

POLANSKY. Claro que me acuerdo. Que el derecho es el opio de los pueblos. El derecho burgués, se entiende. Todo bien ordenadito y empaquetadito para mantener el sacrosanto patrimonio de la familia.

IRENE. Y mirá lo que son las cosas. Ahora vos sos todo un señor burgués. Empresa propia, casa propia, coche propio... porque allá en España tendrás hasta otro para tu mujer ¿no, Sonsoles? Sólo te falta el heredero que se haga cargo a su debido tiempo del sacrosanto patrimonio de la familia.

SONSOLES. *(Dándose vuelta con la bandera euskara).* El heredero ya está en camino.

CLEMENCIA. ¿Sí? ¡Pero qué bien! ¿Y recién ahora lo dicen? Felicitaciones a los dos. ¿Y para cuándo?

SONSOLES. Oh, todavía es muy reciente. *(A Irene).* Por eso, Irene, todavía me encontraste en línea. Pero espera dentro de un tiempo y verás como no tengo más remedio que parecerme a una de vuestras “señoras gordas”.

IRENE. *(Levantándose y saludándolos).* Yo también me pliego a las felicitaciones. ¡Qué callado que lo tenían!

POLANSKY. Ya ves que se cumplieron... o más bien que se van a cumplir tus previsiones del heredero que continúe el sacrosanto patrimonio de la familia... y si tiene buena cabeza, hasta que lo acreciente.

IRENE. No estés tan seguro. A lo mejor a los veinte años al heredero le da por ser revolucionario como fue durante un tiempo el papá y pensar como pensó durante un tiempo el papá de que el derecho es el opio de los pueblos... por lo que no queda más remedio que tirarlo abajo. A lo mejor esa generación hace lo que no pudimos nosotros.

SONSOLES. A lo mejor es hembra.

IRENE. ¿Y eso qué tiene que ver? Yo también salí hembra y estuve metida en algunas cosas que la gente decía que eran más bien para machos.

POLANSKY. Sí, es verdad. Algunas cosas que hacías eran más bien para machos. Pero otras...

IRENE. *(Agresiva).* ¿Otras qué?

POLANSKY. ¿Otras? Otras eran para hembras... o mejor dicho, exclusivamente para hembras.

(Pausa. Irene no contesta de inmediato. Todos se quedan callados).

IRENE. Nunca creí que un compañero... aunque fuera un ex compañero, podría pegarme un golpe así.

POLANSKY. *(Volviendo a su asiento).* Como el que me pegaste tú antes.

IRENE. Yo no te pegué ningún golpe. ¿O no es verdad que decías eso del derecho y del patrimonio y de los burgueses? ¿Y acaso no es verdad que ahora te convertiste en uno de ellos?

POLANSKY. Como te convertiste vos.

IRENE. Mi caso es bien distinto. Ya ves como vivo, ya ves en qué condiciones trabajo, los problemas que tengo sin resolver. Y en cuanto que hice cosas de mujer, claro que las hice. Justamente porque soy mujer. ¿Era tan difícil terminar en una cama con algún compañero cuando no sabías si al día siguiente iban a seguir vivos y que se tenga un hijo sin necesidad que venga el cura a casarte?

CLEMENCIA. Eso es lo más fácil. Lo difícil es saber qué se hace con ese hijo después.

IRENE. ¡Otra vez con los reproches! Hace veinte años que me venís con la misma historia. Claro, pero ti hubiera sido mejor que me hiciera un aborto.

CLEMENCIA. Yo no dije tanto. Dije que cuando se tiene un hijo hay que pensar que exige dedicación exclusiva. Como la que me exigiste tú.

IRENE. ¿Y es que podía adivinar lo que vendría después?

CLEMENCIA. Sí. No era difícil adivinar en qué terminaría esa locura. No se necesitaba haber llegado a la Universidad, como vos, para saberlo.

IRENE. ¿Y entonces hacerme un aborto?

POLANSKY. (*Perdiendo la paciencia*). Bueno... ¡terminen de una vez, las dos! Y perdone que le hable así, Clemencia. Las cosas fueron como fueron y no se puede volver atrás. ¿Cuántos años decías que tiene Diego?

SONSOLES. (*Que vuelve a su lugar después de haber curioseado la vitrina*). ¡Diecinueve! ¿Cuántos años quieres que te lo repita?

POLANSKY. ¡Diecinueve años, ya! ¿Tendré el gusto de conocerlo? Todavía me acuerdo, Irene, cuando en una de nuestras reuniones nos diste la noticia. Héctor se levantó ¿te acordás?, te dio un abrazo y se mandó uno de sus discursos. Todavía lo recuerdo. (*Se levanta y hace la mímica*).

“La compañera Irene nos está dando una lección de fe en la vida, que es una de las causas por la que luchamos; queda automáticamente eximida de toda actividad militar”. ¡Este Héctor! Y si no es indiscreción, Irene, ¿qué se hizo de él?

IRENE. ¿De Héctor?

POLANSKY. (*Se vuelve a sentar*). De Héctor conozco bien la historia; después de “comerse” doce años en el penal está con ganas de recomenzar todo de nuevo. Ya me llegó a España ese boletín que saca llamando poco menos que a una nueva patriada. ¡Si habrán cambiado las cosas, por Dios, que ni siquiera se toman el trabajo de prohibirlo por incitar a la violencia y atentar contra las instituciones! ¿Cuántos lo siguen? ¿Media docena? ¿Una docena? No, yo te preguntaba por el Vasquito.

IRENE. Se libró por un pelo de aquella redada en que cayeron Héctor, Mauro y Santiago, de eso te tenés que acordar, y después anduvo por Chile y cuando las cosas allí se

torcieron fue a parar a Suecia y cuando yo aterrizaba en España ya tenía una nueva pareja y dos hijos más.

POLANSKY. De todo eso ya estaba enterado. No. Te pregunto que es de él, ahora.

IRENE. Regresó, se casó, encontró incluso un buen trabajo pero como se aburría con tanta tranquilidad emigró con su familia a Canadá.

POLANSKY. ¿Lo reconoció a Diego?

IRENE. Sí, lo hizo cuando regresó.

CLEMENCIA. Pero desde todos los lugares donde estuvo, ni cuando regresó, ni desde el Canadá mandó un solo peso para el hijo.

POLANSKY. Y... andará pasando apreturas. ¿No me dijiste que tuvo dos hijos más en Suecia?

IRENE. Así es, y antes de emigrar al Canadá otros dos con su actual mujer.

CLEMENCIA. Un lindo ejemplo, el hombre, por esa fe en la vida que hablaba ese compinche de ustedes. Lástima que después no los podía mantener.

(A Irene). Porque sabés muy bien que con la sueca hizo lo mismo que contigo; le dejó el clavo de los dos hijos y se mandó mudar. Por lo menos ahora lo obliga una libreta de matrimonio, que no la tuvo contigo ni con la sueca.

SONSOLES. ¡Qué hombre más desconsiderado! Y perdona, Irene, que te lo diga porque supongo debes haber estado muy enamorada de él para tener un hijo en semejantes circunstancias.

CLEMENCIA. La palabra desconsiderado me parece que le queda chica, Sonsoles. ¡Y gente así quería mejorar el mundo! ¡Déjenme que me ría!

POLANSKY. No, no se ría, eso era lo que pretendíamos sinceramente, Clemencia... cambiar el país, mejorarlo y así ayudar a mejorar el mundo. Muchos compañeros dieron la vida y la libertad por esa creencia y usted lo debe saber muy bien. Y también el Vasquito era sincero cuando...

CLEMENCIA. Como sincero, lo era, de eso no cabe la menor duda. Sólo así se comprende la cantidad de hijos que tiene con las mujeres de turno. Total ¿para qué cuidarse? ¡Hay que ser sincero!

IRENE. Mamá... ¿cómo podés ser tan vulgar?

CLEMENCIA. Yo también soy sincera. Digo las cosas como son.

IRENE. Las cosas como son... las cosas como son... ¿qué sabés cómo son las cosas? ¿Estuviste escondida debajo de la cama, para saber? ¿No se te ocurre que también existió la posibilidad de que yo tomara mis providencias... o que las tomara la sueca o su actual mujer? En estas cosas que se hacen de a dos no solo el hombre es culpable.

POLANSKY. ¡Vive Dios, si te escuchara ahora una de esas feministas!

SONSOLES. Ah, desde ese punto de vista nosotros lo planeamos todo ¿no, Tomás?

POLANSKY. *(De mala manera).* ¿Qué es lo que planeamos?

SONSOLES. Pues... el hijo.

IRENE. (*Reaccionando de manera desmedida*). ¿Ah, sí? ¿Todo bien planeado? ¡Qué bien! Y antes... ¿qué?

POLANSKY. Y esa ironía... ¿a qué se debe? ¿Estás sugiriendo que... que no tengo los cojones del Vasquito o qué?

IRENE. No seas tan susceptibles. Los cojones nada tienen que ver con los espermatozoides.

POLANSKY. Ahora no quieras arreglar las cosas. Sé lo que con esa pregunta sibilina me estás echando en cara.

IRENE. ¿Y qué es lo que te estoy echando en cara?

POLANSKY. La vieja historia de la financiera. Sí, eso es lo que me estás echando en cara. ¿Qué querés que hiciera? El grupo nuestro, apenas cinco, contra media docena de coches de la policía.

IRENE. El Vasquito aguantó como para que se escaparan todos, él incluido.

POLANSKY. Me extraña que recuerdes semejante historia. Sabés muy bien que la dirección había dado la orden que ante la primera dificultad nos arregláramos cada cual por su lado. Y eso fue lo que hice. La conducta del Vasquito fue imprudente porque no cabía andar a los balazos con semejante desproporción numérica. Nos podían haber liquidado a todos nosotros y provocar una matanza de público y empleados. Eso se discutió después, y tenés que acordarte porque estabas.

IRENE. Sí, ya sé que se censuró al Vasquito por su conducta imprudente aunque bajo cuerda se le felicitó y agradeció porque su imprudencia nos dio tiempo para que nos escapáramos todos.

CLEMENCIA. En definitiva, lo que surge de todo esto es que ese Vasquito es un loco, un irresponsable... capaz de un hijo más o menos o un muerto más o menos. Total, hacés la cuenta y da lo mismo.

IRENE. Mamá, mamá... sabés que ahora estás mezclando los hilos...

CLEMENCIA. No mezclo nada. Digo las cosas como son. Así como también digo que no solo ese Vasquito es un loco... aunque sea el padre de mi nieto... sino que todos ustedes estuvieron locos en aquella época. Y yo también.

IRENE. (*Sorprendida*). ¿Por qué vos también? Si siempre fuiste la imagen de la cordura, del sentido común y te crispabas ante todo lo que pudiera ser distinto. Te horrorizaba lo que estábamos haciendo. ¡Vaya, si me lo habrás echado en cara antes y ahora! ¿No nos dijiste que odiás toda esa época?

CLEMENCIA. Sí, sí. La odio por todo el miedo, la incertidumbre y las fatigas que tuve que pasar. Pero yo también fui lo suficientemente loca como para desear en lo más profundo... y ahora recién me atrevo a decirlo en voz alta... que hubieron logrado lo que se proponían.

IRENE. No, no... tengo que pellizcarme para saber si estoy oyendo bien.

CLEMENCIA. *(Sin hacerle caso).* No, no me pregunten lo que yo pensaba que se proponían. La política nunca me interesó. Pero por lo menos aquello hubiera significado un cambio...

POLANSKY. Un cambio político, sin duda. Hubiéramos sustituido una oligarquía por...

CLEMENCIA. *(Interrumpiéndolo).* No, por favor, no me venga con explicaciones. ¿Qué es eso de oligarquía? Ya les dije que nada sé de política. Pero sí, hubiera querido un cambio. Cualquier cosa por salir de lo que siempre había sido, para ver qué pasaba cuando con la ayuda de ustedes el mundo en el que siempre viví hubiera cambiado. Lo que podía suceder, nunca sería peor de lo que había vivido. *(Pausa. Los otros la escuchan con respeto, algo sorprendidos).* Ya ven ustedes lo que fue mi vida. Nunca se dio un solo momento que fuera mío, completamente mío. Yo, la absoluta dueña de mi vida, eso jamás. Porque cuando viví con mis padres, éramos demasiado pobres y tuve que trabajar en la casa y cuidar a mis hermanos menores. Luego, cuando me casé... pensé que todo eso quedaba atrás. *(A Polansky y Sonsoles).* El padre de Carmen venía de otro ambiente... era educado y fino; tenía una pequeña imprenta donde hacía tarjetas de visita, invitaciones para fiestas de quince y todas esas cosas. Me llevaba a la ópera. Lo encantaba la ópera, como buen hijo de italiano, y ni se perdía una... íbamos arriba de todo, pero íbamos. Miren, aquí tengo un disco suyo de Beniamino Gigli que no sé siquiera cómo lo vine a conservar porque es uno de esos antiguos de se rompen. *(Pone en disco en un pasadiscos pasado de moda y se oye "Recondita armonía", como al principio de la obra).* Esta era su preferida. Era un hombre educado y fino, como les digo, incapaz de levantarme una mano como lo hacía mi padre con mi madre... pero siempre metido en malos negocios. Por lo que continuaron los trabajos y la pobreza. Claro era otro tipo de pobreza, aquí no había siete hijos que mantener como en casa de mis padres, bastaba con una, pero de cualquier modo era la incertidumbre, la fatiga, y sobre todo saber que mi vida seguía sin pertenecerme. *(Retira con mucho cuidado el disco antes de que concluya y lo vuelve a poner en el sobre).* Y cuando tu padre murió...

IRENE. Mamá... ¿pero es que pretendés contarnos toda tu vida?

SONSOLES. Y está muy bien que la cuente. Yo la conté. Ustedes dos están recordando a cada rato aquel tiempo que, no hay que ser ciego para comprenderlo, fueron los mejores años de vuestra vida. Sí, sí. No lo niegues, Tomás. Mucho más importante que nuestra boda y nuestra vida en común.

POLANSKY. ¿Pero qué estás diciendo? ¡Son cosas que no tienen nada que ver!

SONSOLES. Sí, ya sé. Son cosas que no tienen nada que ver. Pero adivino muy bien qué es para ti lo primero.

POLANSKY. Parecería que estás celosa.

SONSOLES. ¿Cómo voy a estar celosa de una época en que no te conocía? Aunque sí, tengo celos.

IRENE. Si tenés celos, Sonsoles, te aclaro,... y seguramente él ya te lo habrá asegurado, que nosotros nunca... Fuimos buenos compañeros, nada más, y pasemos juntos momentos muy especiales.

SONSOLES. Bueno, de eso es justamente de lo que tengo celos. De esos momentos muy especiales que pasaron juntos.

IRENE. Tenés demasiado imaginación. (*Dándole un golpecito en la barriga*). Los momentos muy especiales son estos que pasaron... y que pasan juntos Polansky y tú. ¿No lo crees así, Polansky?

POLANSKY. (*Reticente*). Pues sí.

SONSOLES. Mira como lo dice. Es la mejor confesión.

POLANSKY. ¿Y cómo lo digo?

SONSOLES. Lo dices... lo dices como si en realidad pensaras todo lo contrario. Vamos, si yo sé que no has podido olvidar. Sí, es verdad... podrás haber estado en peligro, podrían haberte matado y haber matado tú mismo, habrás tenido que escaparte de tu país... pero en el fondo nunca saliste de él aunque no hubieras regresado cuando debías haberlo hecho. Te casaste conmigo para probar si podías cambiar de piel, si podías cambiar de identidad y ser propietario de una agencia inmobiliaria en el centro de Madrid y una casa con jardín en Aravaca. Pero eso aun... aun no lo pudiste asimilar. El verdadero Tomás está en otra parte. El verdadero Tomás sigue siendo Polansky.

POLANSKY. ¿Pero qué novela es la que estás imaginando?

SONSOLES. No es una novela. Es la realidad. Es mentira que seamos felices.

CLEMENCIA. Pero Sonsoles ¿cómo puedes decir algo así? Ese hijo...

SONSOLES. Un hijo es lo más fácil de hacer. No es preciso ser feliz o desgraciada. Basta que una se abra de piernas...

CLEMENCIA. (*Escandalizada*). ¡Qué modo de decir las cosas! Además, te contradices. Hace un momento nos decías que ese hijo llega de común acuerdo...

SONSOLES. (*Cambiando de tono*). En el fondo te admiro, Irene. Tuviste un hijo porque quisiste, no porque te lo impusiera el matrimonio.

IRENE. No sabés lo que estás diciendo, Sonsoles. No toda es tan romántico y espontáneo fuera del matrimonio. Si yo te contara ciertas cosas... pero no vale la pena y para ser franca, yo en cambio quisiera estar en tu pellejo. Sí, sí. No me miren de ese modo... sí, quisiera tener un hogar establecido, una casa propia con un marido que me diera seguridad...

POLANSKY. “Con un marido que me diera seguridad”... No, no, perdóname, Irene. Estas palabras no pueden ser tuyas. Me parece mentira estar oyendo a Irene, la antigua Irene...

IRENE. La antigua Irene ya no existe. Todo esto que te contaba... de reunirme a veces con los compañeros... de mantener los viejos ideales... lo hago por inercia, por no enfrentarme conmigo misma.

POLANSKY. ¿Pero por qué? ¿En qué tu vida actual es peor que otras?

IRENE. En que es una vida impuesta desde afuera, impuesta por las circunstancias. Mirá lo que nos acaba de contar mi madre. Mirá mi vida, ahora, qué lejos estamos de lo que nos habíamos propuesto...

SONSOLES. ¿Véis? Volvéis siempre a lo mismo. Vamos a terminar con este tema, ¿qué os parece? Es preferible que Clemencia termine su historia. Vamos, Clemencia, cuente. La interrumpimos cuando la muerte de su marido...

CLEMENCIA. *(Algo desubicada).* ¿La muerte de mi marido? Ah, sí. El pobre tuvo la dicha de morir sin necesidad de pagar las deudas de sus malos negocios y de sus socios inescrupulosos. Mejor dicho, tendría que haberlas pagado yo, pero ¿con qué? Y después... *(Se calla de golpe).*

IRENE. Bueno, sacate el gusto, terminá de contar el resto... que cuando saliste del pozo a base de trabajos y sacrificios entonces yo, tu hija, en quien habías puesto la esperanza de que fuera a la Universidad y ganara mucho dinero... *(Se calla también. Mira el reloj).* Y este Diego que no viene. A esta altura creo que no lo vas a conocer, Polansky. Estos muchachos...

POLANSKY. Sí, claro, estos muchachos de diecinueve años... no van a perder la noche con un grupo de viejos que no saben hablar más que del pasado. A ti también te incluyo, Sonsoles.

SONSOLES. Bueno... ¿y si cambiáramos el tono de esta reunión? ¿Si en vez de hablar de lo que pasó o no pasó habláramos del presente... o aun mejor del futuro. ¿Qué os parece? ¿Sabéis lo que os propongo? ¡Vamos a llamar a Diego! *(A Irene).* ¿No dijiste que estaba estudiando en casa de un amigo? Bueno, llámalo. Dile que no somos todos viejos los que aquí estamos... que estoy yo, una tal Sonsoles de España, que no es nada vieja y que tiene ganas de bailar. *(Mirando los estantes de cassettes).* Me imagino que Diego debe tener un casetero bien al día ¿no? ¿Qué muchacho de diecinueve años no lo tiene? *(Haciendo un gesto brusco e inesperado)* ... para mover el esqueleto y retorcerse como gusanos con el conjunto de mayor "ranking"?

IRENE. *(Sorprendida).* Pero, no sé si lo encontraremos. *(A Clemencia).* ¿Te dijo que iba a estudiar a lo de Milton, no?

CLEMENCIA. Sí, eso fue lo que me dijo. Pero me puede haber dicho lo primero que se le ocurrió. Por otro lado, no creo que en este momento esté estudiando. Ni ahora, ni antes tampoco, si ni siquiera se llevó los libros.

IRENE. ¿Qué número es la casa de Milton?

CLEMENCIA. No lo sé. Buscá en la libreta. *(Irene hojea la libreta de direcciones).*

POLANSKY. ¿Y a ti... qué bicho te picó para armar semejante follón?

SONSOLES. ¡Quiero bailar! ¡Quiero bailar, me entiendes! Quiero ver a alguien joven al lado mío. Desde que estoy casada contigo, en lugar de cumplir años cumplo décadas.

CLEMENCIA. Pero Sonsoles... en el caso que venga Diego... ¿te parece bailar, en tu estado?....

SONSOLES. ¡Sí, quiero bailar en cualquier estado!

IRENE. ¿Familia Saavedra? Sí, habla la madre de Diego. ¿Está él por allí? ¿Ah, no? ¿Con quién hablo, con Milton? ¿Con el hermano? Así que no estuvo para nada... ¿puedo hablar con Milton? Ah, tampoco está... Bueno, muchas gracias y perdoná. (*Cuelga. A Clemencia*). Ya oíste. Te dijo cualquier cosa.

CLEMENCIA. Mirá qué descubrimiento.

IRENE. ¿A qué hora salió de casa?

CLEMENCIA. Y... habrá sido por las cuatro y media o cinco.

IRENE. Lo raro que no haya aparecido... aunque sea para comer algo.

CLEMENCIA. No te preocupes. Ya habrá conseguido quién lo convide.

IRENE. (*Dándose por vencida*). Bueno, Sonsoles. Ya viste. Te vas a tener que quedar sin bailar. (*Intencionada*). Al menos que quieras hacerlo con Polansky.

SONSOLES. No sé qué gracia tiene bailar con el propio marido. Ya es bastante tener que verlo todos los días en el desayuno, en el almuerzo, en la cena, en la cama y frente al televisor. Baila tú con él... después de todo estuvieron “bailando” juntos en cosas más importantes ¿no?

IRENE. (*Tratando de parecer divertida*). Y sí. No es mala idea. Así nos “actualizamos” un poco, ¿no te parece, Polansky? No estamos obligados a hablar siempre del pasado, ¿no Polansky? ... de que por qué regresé, de que por qué no regresaste, de que si estuviste bien en el asunto de la financiera, de que si Héctor, de que si el Vasquito... ¡basta, por Dios! Eh, tú, Sonsoles, que debés conocer a todos estos rockeros... elegí el más asesino de todos...

SONSOLES. (*Revolviendo el casetero*). No creas que los conozco... porque a pesar que me véis muy joven, yo para estos de ahora soy de la generación anterior. (*Elige una cassette*). A ver estos... el nombre deja entrever muchas expectativas... “Los Drogados”. (*Suena un aullido impresionante*).

POLANSKY. ¿Y esto cómo se baila?

SONSOLES. Así, tonto. (*Comienza a bailar por su cuenta*). Vamos, meneaos, qué estáis esperando. Con esta música no precisáis estar abrazados, poco menos que follando, como en vuestro tango. Cada cual se puede mover a su manera.

POLANSKY. (*Moviéndose con pesadez. Tanto él como Irene hacen dos figuras ridículas*). ¿Y entonces por qué querías que estuviera Diego si cada uno puede bailar solo?

SONSOLES. (*Sigue meneándose, pero con gracia*). ¡Para ver si lo podía seducir! ¡Quiero saber si todavía puedo seducir a un adolescente!

CLEMENCIA. (*Deteniendo la cassette*). Terminen de una vez con este escándalo. ¿Se olvidaron de la hora que es y que tenemos vecinos arriba, abajo y a los acostados? Y

especialmente tú, Sonsoles. ¿Qué? ¿Perdiste el juicio? ¿Estás buscando perder la criatura? (*Sonsoles queda anonadada. Comienza a sentirse mal*). ¿Te sentís mal? (*Sonsoles asiente débilmente y tiene una arcada*). ¿Ves? Tanto ajeteo después de lo que aquí se bebió y se discutió... Vení que te acompañe al baño. (*Se meten en el baño. Se oyen toses y las arcadas de Sonsoles se hacen cada vez más frecuentes*).

POLANSKY. (*Después de un momento de silencio en que escucha con Irene la escena del cuarto de baño*). Deprimente, ¿no? Mirá qué encuentro después de siete años. (*Los ruidos en el baño se hacen más espaciados*). Mejor no nos hubiéramos movido de España. Por lo menos no se hubieran agitado estos fantasmas.

IRENE. No hubieran hecho más que postergarse. Estas cosas, si están escondidas, siempre terminan por aparecer. (*Vuelve a surgir un largo silencio. Las mujeres salen del cuarto de baño y Clemencia la lleva a Sonsoles al dormitorio*). Pero por aquí las cosas no son mejores, ya te habrás dado cuenta.

POLANSKY. Ya me di cuenta. Pero a ti, a pesar de todo, algo te quedan de los viejos ideales.

IRENE. ¿Te parece? ¿Podés de veras creer eso después de todo lo que oíste? Mirá, te voy a decir algo que te va a dejar sorprendido. Creo que a pesar de todo, a pesar que no regresaste cuando debías haber regresado, a pesar que te dedicaste a ganar dinero, a pesar... bueno, a pesar de todo, en el fondo te quedan más ideales que a mí. Será que la distancia, el recuerdo, la nostalgia de tu país te hace ver las cosas de otro modo, no sé... pero es así.

POLANSKY. Pero tú al menos te seguís reuniendo con los compañeros. Y ellos hacen cosas... distintas de las que hacíamos aquella época, es verdad, pero a lo mejor más valiosas.

IRENE. No. No quieras engañarte. Yo soy pura cáscara. Por fuera puede ser que me parezca a lo que fui. Pero por dentro... Mi realidad hoy, mi única realidad...

POLANSKY. No sigas. Ya sé lo que me vas a decir. Pude captar muchas ondas esta noche.

IRENE. No era muy difícil darse cuenta ¿no? Sí. El célebre abogado. ¿Te crees que de otro modo, con mis antecedentes...? Oh, no es que me presione o me extorsione o algo por el estilo... la imagen del patrón explotador y concupiscente que se abusa de sus pobres empleadas como la imagen que nos habíamos creado nosotros cuando dividíamos el mundo en buenos y malos... y nosotros estábamos entre los buenos, claro. Con él las cosas sucedieron del modo más natural del mundo.

POLANSKY. Ya, ya... No me digas más nada.

IRENE. (*Sin oírlo*). Bien sabés que ya no tengo veinte ni treinta y que pasé los cuarenta. Y a pesar que, como es previsible, tiene mujer, hijos, nietos y todo el imponente aparato familiar. El doctor Umberto Ambrosioni Blanco sí que es un burgués en toda la línea y no como vos, que jugás a serlo.

POLANSKY. Cállate, por favor. No tenés por qué seguir revolviendo.

IRENE. ¿Te repelo, no? Tú habías idealizado a la compañera Irene... la seguí asiendo viendo con los fierros encima... o después en Barcelona, moviéndose de aquí para allá. (*Cambiando de tono*). Yo también me puse a pensar muchas veces si, como vos, no hubiera sido mejor que me quedara en España.

POLANSKY. ¿Pero qué estás diciendo? Tú no podías quedarte en España. Tenías aquí a Diego.

IRENE. Para Diego hubiera sido mejor que nunca hubiera regresado. Porque cuando regresé ya era tarde para que me tomara afecto. Y yo en el fondo lo que quería era hacerme perdonar. Y entonces fui débil con él, inconvincente, le permití cualquier cosa... (*Regresa Clemencia, Irene se calla*).

CLEMENCIA. Por suerte no fue nada serio. Ya está mejor.

POLANSKY. ¿Puedo entrar a verla?

CLEMENCIA. Tendría que haberlo hecho ya.

POLANSKY. Creí que mi presencia podía empeorar las cosas. Ya ve cómo me estuvo agrediendo casi toda la noche.

CLEMENCIA. ¡Me estuvo agrediendo! ¡Me estuvo agrediendo! Quién sabe las veces que la habrá agredido usted a ella.

POLANSKY. ¿Yo?

CLEMENCIA. Sí, ya sé lo que me va a decir. Que usted no recuerda haberla agredido, que es muy considerado, que se acuerda de llevarle un regalito la fecha del casamiento... Pero no se necesita insultar para agredir. Basta que se pase pensando en cosas donde ella queda completamente al margen. (*Polansky no contesta. Y entra en el dormitorio. Clemencia e Irene no tienen nada que decirse. Irene súbitamente agarra el reloj despertador y comienza a darle cuerda*).

CLEMENCIA. ¿Y ahora qué hacés?

IRENE. Lo que estás viendo. Poniendo el despertador. Ya lo oíste al doctor. Mañana, a primera hora, tengo que llevar ese escrito al juzgado. Ya es bastante tarde y me voy a dormir.

CLEMENCIA. ¿Y no esperás que esa muchacha se reponga? ¿No te vas a despedir de ellos?

IRENE. No. Es mejor que se vayan sin despedida. Lo que nos teníamos que decir, ya quedó todo dicho. ¿Para qué agregar nada más?

CLEMENCIA. (*Sentándose, abatida*). ¡Dios mío, qué noche! Diego que ni se apareció... todos que nos estuvimos atacando unos a otros, tú que ni siquiera quieres despedirlos...

IRENE. Polansky lo va a entender muy bien, no te hagas problemas. Es suficiente que te quedes tú... así salvamos las buenas maneras. Hasta mañana. (*Sale*).

(Queda Clemencia sin saber qué hacer. Se levanta para ir al dormitorio donde ha quedado Sonsoles pero en ese momento entran ella y Polansky).

POLANSKY. Nos vamos.

SONSOLES. *(Turbada).* Le pido perdón a usted y a Irene. No sé qué me pasó. Fue una verdadera vergüenza.

CLEMENCIA. Pero no, Sonsoles, no fue nada.

SONSOLES. Sí que fue. Qué mala impresión voy a dejar entre vosotros.

POLANSKY. ¿E Irene?

CLEMENCIA. Se fue a dormir. Mañana tiene que levantarse temprano. Me dijo que...

POLANSKY. *(Ansioso).* ¿Qué te dijo?

CLEMENCIA. Me dijo que lo que tenían que decirse ya se lo habían dicho y que para qué agregar nada más. Ah... y que usted la entendería.

POLANSKY. ¡Pero esta mujer está loca! ¿Qué le dio por tomar semejante actitud? *(Golpea la puerta de Irene).* ¡Irene! ¡Irene! ¡Nos vamos! ¡Irene! ¡Mirá que el viernes tomamos el avión y ya no tendremos oportunidad de vernos! ¡Irene, todo esto que nos dijimos..! *(Se calla de golpe, como para sí).* ¿Pero qué estoy haciendo. *(Deja de golpear. Otra vez con voz fuerte).* ¡Tenés razón, Irene! Ya no nos queda más nada que agregar. Buena suerte. *(Se aleja de la puerta. Otra vez como para sí).* Ojala me hubiera quedado donde estaba. Ahora no sé si soy de aquí o de allá o de ningún lado.

CLEMENCIA. Vamos, Tomás, cálmese. Sonsoles lo está esperando.

POLANSKY. Yo no me llamo Tomás. Me llamo Polansky.

CLEMENCIA. No, se llama Tomás. Tomás Recalde. Está de visita por aquí pero vive en España.

SONSOLES. Vamos, Tomás.

POLANSKY. Sí, vamos. *(Besa a Clemencia. Le pasa el brazo por encima del hombro a Sonsoles, como ayudándola a caminar. Sonsoles besa también a Clemencia, que los acompaña hasta la salida. Mutis de Polansky y Sonsoles. Clemencia queda un momento sin saber qué hacer. Repara en el tocadiscos que ha quedado con el brazo a mitad del plato. Lo prende y oye el disco hasta el final. Antes de que termine llega Irene, en camión).*

IRENE. Me parece que no es hora de ruido, no?

CLEMENCIA. *(Apaga en tocadiscos, retira el disco y lo guarda cuidadosamente en el sobre).* Oh, perdoná. Me olvidé que mañana te tienes que levantar temprano.

IRENE. ¿Se fueron?

CLEMENCIA. ¡Qué pregunta! ¿No lo estás viendo?

IRENE. Que noche más... más...

CLEMENCIA. Que noche más echada a perder. Pero no te aflijas demasiado, que bien pusiste tu parte.

IRENE. *(Como tomando conciencia).* ¿Yo sola? Todos pusimos nuestro granito de arena. Vos, Polansky y hasta esa mosquita muerta de... En fin... *(Dirigiéndose al baño)*... que voy a tomar un somnífero porque de otro modo... *(Entrando en el baño)*... con la función de esta noche sé que no voy a pegar el ojo. *(Mientras se halla en el baño suena el teléfono).*

CLEMENCIA. Ah... sos vos, Diego. ¿Recién te acordás? ... ¿Cómo? *(Irene regresa con un vaso de agua y el somnífero en la mano).* ¿Así que estuviste en lo de Milton estudiando toda la tarde y ahora te quedás a dormir?...

IRENE. ¡Mentiroso! ¡Irresponsable! *(A Clemencia).* Dame ese teléfono... ya me va a oír!

CLEMENCIA. *(Poniendo la mano sobre el tubo).* No, dejá. *(Irene insiste en hacerse del teléfono; Clemencia lo pone fuera de su alcance).* Estas cosas no se arreglan por teléfono... Andá... Salí... Tranquilizate. *(Presta de nuevo atención a la llamada).* Las visitas?... ¡Ya se fueron! Se quedaron con ganas de conocerte, eso sí... No... No se quedaron mucho... Pero no sabés lo que te perdiste... ¡Si hasta llegamos a bailar! *(Cuelga con brusquedad. Mira a Irene, que también la mira. Clemencia se sienta frente al teléfono; por primera vez da sensación de abatimiento).*

CLEMENCIA. Carmen... te pregunto... Tomás... digo Polansky... no?...

IRENE. *(De mal modo).* ¿No qué?...

CLEMENCIA. *(Vacilando).* Polansky... y Diego... no...?

IRENE. ¿Qué estás diciendo?

(Toma el vaso que había dejado al costado cuando el forcejeo del teléfono, traga el somnífero y sale).

Queda Clemencia ensimismada, moviendo apenas la cabeza de un lado a otro, como dudando, mirando el vacío.

Se oye "Recondita Armonía" mientras se van apagando las luces).